



Repensando el Judaismo de Jesus

31.03.2003 | Charlesworth, James H.

Los judíos y los cristianos bien informados ya no abordan los evangelios como si fueran biografías; sin embargo, como reacción contra lo que les parece una crítica sin matices o excesivamente liberal de los evangelios, algunos estudiantes tienden a leer el Nuevo Testamento como si las acciones y las palabras de Jesús estuvieran registradas sin alteración.

Repensando el Judaismo de Jesus

Introducción

Los judíos y los cristianos bien informados ya no abordan los evangelios como si fueran biografías; sin embargo, como reacción contra lo que les parece una crítica sin matices o excesivamente liberal de los evangelios, algunos estudiantes tienden a leer el Nuevo Testamento como si las acciones y las palabras de Jesús estuvieran registradas sin alteración. Desde hace más de un siglo, los especialistas protestantes y católicos del Nuevo Testamento han mostrado que esta interpretación no es apropiada. Desgraciadamente hoy en día muchos se sienten confundidos por lo que les parece ser una elección entre las acciones 'auténticas' de Jesús y las redacciones 'no auténticas' de la Iglesia. Voy a tratar de demostrar por qué éstas son alternativas falsas.

Algunos especialistas se sentirán tentados de preguntarse lo siguiente: Las investigaciones realizadas sobre el Nuevo Testamento, ¿no nos llevan a una conclusión evidente, a saber: que no se puede conocer nada con certeza del Jesús de la historia? La respuesta parece ser 'no', sin embargo, ni siquiera Bultmann y Tillich concuerdan con este pesimismo radical. No deben confundirse sus ideas con las de Bruno Bauer, Paul Couchoud, G. Gurev, R. Augstein y G.A. Wells, que niegan la existencia de Jesús. Bultmann y Tillich, aunque radicales, afirman la existencia de Jesús y la realidad, imposible de negar, de su crucifixión en Jerusalén antes del 70 de nuestra era. Además el hecho de no entender la particularidad histórica de Jesús, con todo lo que ella incluye de escandaloso, nos lleva a reducir la religión a una filosofía de la existencia, tal como muy bien lo vio Fritz Buri en su crítica a Bultmann.

Los obstáculos más importantes que encontrábamos en nuestra investigación sobre el Jesús histórico han desaparecido. Primeramente cayó el obstáculo teológico. Se fundaba sobre una doble afirmación: algunos críticos decían que solamente la fe era suficiente para el cristiano, otros agregaban que solamente se podía tener de Jesús, el Cristo, un conocimiento existencial. Ahora las mentes más esclarecidas comprenden que una fe no acompañada por un cierto conocimiento histórico no es una fe en Jesús. Solamente las respuestas de fe a Jesús, como los credos y los himnos primitivos, están impregnados de hechos históricos, son típicamente diferentes de la

superstición, no importa cuán sofisticados nos parezcan.

En segundo lugar, es ahora evidente para los especialistas del Nuevo Testamento que poseen autoridad, que algunos datos prepascuales han sido preservados en los evangelios. Si nos sentimos incómodos en nuestra investigación por el aspecto 'confesión de fe' característica de los evangelios, es porque los primeros cristianos no estaban paralizados por el hecho de la crucifixión sino animados por el poder de la resurrección. A pesar de su carácter incómodo, algunos datos como la traición de Judas, la negación de Pedro y la crucifixión de Jesús se mantuvieron, a pesar de todo, en los relatos. Estos datos dieron forma a la Iglesia; no fueron inventados para responder a sus necesidades. La única explicación persuasiva de la identificación de Simón de Cirene como el padre de Alejandro y de Rufus (Mc 15,21) es que éstos debían ser importantes -y tal vez estuvieran presentes- en el seno de la comunidad de Marcos.

Debemos entender que la historia sólo es accesible por la vía de la tradición; y sólo se comprende por la vía de la interpretación. La crítica redaccional sólo es posible porque se han conservado las tradiciones que han podido ser puestas por escrito.

En tercer lugar se encuentra el hecho de que estábamos perdidos en un terreno histórico desierto, por el hecho de que teníamos muy pocas fuentes para el judaísmo anterior al 70. Ahora, -desde 1940 y los años posteriores- tenemos cientos de documentos anteriores al 70 y de origen judío, me refiero a los Apócrifos y a los Manuscritos del Mar Muerto.

De cierta manera en las décadas de una apologética confusa, de ensayos bien intencionados para llevar a cabo una metodología infalible, nos olvidamos de dos dimensiones que son esenciales para las investigaciones sobre el hijo de José. La investigación histórica es científica por su metodología pero no por su conclusión; y lo que más se pretende del historiador es una probabilidad y no una certeza. Por consiguiente todo lo que se pueda decir sobre la investigación de las *ipsissima verba* de Jesús (sus palabras exactas) y sobre la absoluta certeza de que se encuentren, es impreciso, limitado e imposible.

Las nuevas investigaciones sobre Jesús serán diferentes y estarán mejor informadas que los ensayos anteriores, primeramente por la cantidad de testimonios documentales y por los fenomenales descubrimientos arqueológicos. Es importantísimo ver donde estamos situados con relación a esos documentos. Nuestra discusión se centrará esencialmente sobre los Pseudoepígrafes del Nuevo Testamento, sobre los Manuscritos del Mar Muerto, Josefo y la arqueología. Como el campo es amplio y complejo, el acercamiento debe centrarse y ser selectivo, y el desarrollo subsiguiente supone, evidentemente, varios juicios personales que no se pueden explicar aquí. Me limitaré a decir que para cada uno de los sectores de la investigación, veremos solamente dos cuestiones: Los datos, ¿son significativos para nuestra investigación sobre el Jesús de la historia? Si es así, por qué y de qué maneras son importantes.

Los Pseudoepígrafes del Antiguo Testamento

En 1913 Clarendon publicaba la primera edición inglesa de los Pseudoepígrafes del Antiguo Testamento.¹ Era selectiva y estaba dirigida a los investigadores. En 1983 y 1985 Doubleday publicaba los dos volúmenes de *The Old Testament Pseudepigrapha*.² La primera edición inglesa contenía 17 pseudoepígrafes; la nueva, 52 documentos, más 13 escritos preservados solamente en citas antiguas y agregadas como suplemento al segundo volumen. El salto espectacular en la cantidad de documentos (de 17 a 65), perturbará a los investigadores que hasta ese momento se habían contentado con la interpretación corriente del judaísmo de los primeros siglos; los más jóvenes, apasionados por nuevos desafíos, aprovecharán al máximo este vasto territorio, nuevo para explorar. Descubrirán que ahora es mucho más difícil separar los escritos judíos de los escritos cristianos; y tomarán conciencia poco a poco de la importancia de afirmar que, durante

por lo menos cuarenta años, del 30 al 70 de la era común, el 'cristianismo' fue un grupo dentro del judaísmo. Buscando comprender los Pseudoepígrafes, se verán finalmente obligados a confrontarse con problemas que conciernen a Jesús y su lugar en el seno del judaísmo del siglo primero.

Como siempre que se producen descubrimientos nuevos y apasionantes, aparecen afirmaciones que deforman la realidad. Está claro que el consejo de Jesús, que tu 'sí' sea 'sí' y que tu 'no' sea 'no' en Mateo y su alusión a varias moradas en el cielo, en Juan, tienen paralelos impresionantes en un pseudoepígrafe que data, probablemente, del fin del siglo primero llamado el segundo Enoch. Un escritor, (C.F.Potter, en *¿Jesús, escribió este libro?*) quedó tan impresionado por esto que hasta sostuvo que 'bien podría haber sido Jesús el que escribió el segundo Enoch, o una parte de él'.³ Por suerte ningún especialista serio fue declarado culpable de absurdos de este tipo.

Cuando se evalúa la importancia de los Pseudoepígrafes para la investigación sobre Jesús, aparece un aspecto que no puede ser controvertido y que resulta obvio. Muchos de los Pseudoepígrafes son contemporáneos de Jesús y son palestinos. Lo mismo que los Manuscritos del Mar Muerto, constituyen fuentes especialmente importantes cuando se trata de describir los fenómenos religiosos en el seno del judaísmo de antes del 70. Sin embargo, a diferencia de los Manuscritos del Mar Muerto, los Pseudoepígrafes no son primera o simplemente la producción literaria de un pequeño grupo de judíos que se hubieran retirado y aislado en el desierto. Los Pseudoepígrafes judíos más antiguos aclaran el paisaje intelectual de esa época, la de los judíos de antes del 70, de los judíos como Jesús. Y esto es de suma importancia, porque los genios creadores como Jesús tienen horizontes que desbordan los de un solo país. Viven en un mundo intelectual.

¿Cuál es la importancia de los primeros Pseudoepígrafes judíos para la investigación sobre Jesús? Esta importancia está ampliamente demostrada si consideramos cuánto esos escritos nos ayudan a comprender la apocalíptica y la escatología judías.

E. Käseman, lo sabemos, llega a la conclusión de que el pensamiento apocalíptico "es la madre de la teología cristiana".⁴ Este brillante especialista alemán del Nuevo Testamento nos recuerda que el estudio del pensamiento apocalíptico no fue una materia que le interesara durante sus años de estudiante ni durante casi toda su carrera como profesor. Hoy, sin embargo, este vasto campo es un tema crucial para la investigación del Nuevo Testamento. Por ejemplo, el profesor J. Christian Baker, tuvo la perspicacia de ver que el corazón de la teología paulina está constituida por la apocalíptica judía.⁵

En esencia la visión de los autores de apocalipsis es que los justos pueden volver a casa. Pueden volver a casa, no al seno maternal a la Freud, y tampoco a un mundo esotérico gracias a la "gnosis". Pueden volver al paraíso que debe estar -o lo está ya- reabierto para ellos (ver especialmente 4 Esdras, 8 y 2 Enoch, 8-9). Es ahí que gozarán de una plenitud de paz y de amistad con todos, especialmente cuando estén nuevamente con Dios.

Los Pseudoepígrafes y la literatura apocalíptica que incluyen tienen una importancia decisiva para comprender a Jesús de Nazareth, pero obviamente él *no* fue uno de los autores de los apocalipsis. Estos fueron invitados, varias veces, a escribir lo que habían escuchado o entendido; Jesús no escribió nada. Los autores de apocalipsis eran a menudo escribas que trabajaban en un *beth midrash*, estaban influenciados por la literatura de la sabiduría y se preocupaban por conocimientos enciclopédicos y científicos; Jesús fue un maestro itinerante que anunciaba la venida inminente y la importancia del Reino de Dios. Los autores de apocalipsis estaban animados de una furia vengadora, llamando a menudo la cólera de Dios sobre los enemigos de los judíos (cf. 2 En. 52). Jesús ponía más el acento sobre las disposiciones interiores, sobre la actitud de compasión y de un amor abierto a todos : animaba a sus discípulos a "amar a sus

enemigos” (Mt 5,4). Los autores de apocalipsis tenían tendencia a menospreciar la tierra; Jesús celebraba la creación de Dios y veía en los lirios del campo un ejemplo del cuidado que Dios tiene por su pueblo (Mt 6,25-33). Los autores de apocalipsis hablaban de la próxima venida del mundo futuro; Jesús -de forma a veces contradictoria, según los evangelistas- afirmaba que Dios solo conoce el momento del fin (Mc 13,22), pero que éste comienza a aparecer en su ministerio (Mc 9,1), especialmente en sus milagros y sus palabras (Mc 1,14-15). Y lo que es más importante, los autores de apocalipsis tenían tendencia a presentar a Dios como lejos del mundo viviente de la humanidad. Jesús, él, ponía el acento sobre la proximidad, la presencia misma de un Padre compasivo, que debe ser llamado *Abba* (palabra semítica que significa “padre”).

Sin embargo los apocalipsis y la literatura apocalíptica son importantes para comprender a Jesús. Los autores de apocalipsis y Jesús comparten una misma preocupación por los oprimidos (cf. 1 En. 102-104 y 2 En. 63); y todos pronuncian maldiciones contra los ricos complacientes y opresores (1 En 94,8-9; 96,4-8; 97,8-10; Mc 10,23-25). Ambos presuponen un profundo dualismo, especialmente el de las dos edades categóricamente diferentes; ambos finalmente son optimistas; las promesas de Dios y el mayor de todos los sueños humanos -la paz y la armonía universales- se realizarán por la acción misma de Dios, tal vez a través de un mediador. Ambos transfieren su fidelidad a otro mundo y redefinen las prioridades. Por ejemplo, Jesús declara que los primeros serán los últimos (Mc 10,3). Ambos toman partido por los pobres (Mc 10,21) contra los ricos, animan a conducirse según la justicia (ej. 1 En 104,6; 2 En 61), formulan bienaventuranzas (ver En 42,52; Mt 5) y exigen la pureza de corazón (cf. 2 En 45; Mc 7,14-23).

El hecho más sorprendente -y para muchos asombroso- que marca la investigación sobre los Pseudoepígrafes es que se produjo un cambio esencial en la evaluación de la fecha y del carácter de las Parábolas de Enoch (1 En 37-71). Ese libro es importantísimo para los especialistas del Nuevo Testamento porque describe al Hijo del hombre que viene del cielo, el Mesías, el Elegido y el Justo. Estoy convencido de que esos cuatro términos designan al mismo mediador de Dios.⁶

J.T. Milik, que tuvo la responsabilidad de publicar los fragmentos arameos de Enoch encontrados entre los Manuscritos del Mar Muerto, subraya que para las Parábolas de Enoch, tan claramente paralelas a las palabras atribuidas a Jesús, no existe testimonio entre los fragmentos arameos. Según él, serían una composición cristiana de alrededor del comienzo del siglo tercero de la era común. Prácticamente todos los especialistas del Nuevo Testamento han concordado con él y se han negado a utilizar 1 Enoch 37-71 para dar un juicio sobre la vida de Jesús y la teología de los primeros cristianos.

Hoy en día, ningún especialista de las Parábolas de Enoch acepta la opinión de Milik sin tener pruebas en las que apoyarse. En los seminarios internacionales de Tübingen y de París, más de una docena de expertos admitieron que seguramente se trata de un documento judío.⁷ Todos los miembros de estos seminarios, salvo uno, estaban convencidos de que este escrito judío -las Parábolas de Enoch- debían ser anteriores a la destrucción de Jerusalén en el año 70 de la era común. Es por eso que el término y, tal vez, el título de “Hijo del Hombre” ya se usaba entre los judíos de Palestina mucho antes del 70.

Ya que encontramos la expresión “Hijo del hombre” casi siempre en las secuencias del Nuevo Testamento que reagrupan palabras de Jesús, ¿no sería posible que éstas fuesen del mismo Jesús? Algunos de estos dichos sobre el Hijo del hombre ¿no podrían ayudarnos a comprender a Jesús y la idea que él tenía de su misión? ¿No sería difícil colocar juntos todos los usos de la expresión “Hijo del hombre” sea en la categoría de un sustituto del pronombre de la primera persona del singular, sea en la de las referencias genéricas a la humanidad? ¿Qué indica y connota en realidad en las primeras décadas del primer siglo de la era cristiana la expresión “Hijo del hombre”? ¿Qué es lo que Jesús quiere decir con esas palabras?

Podemos hacer otro comentario al pasar. Como se sabe, se encuentra en Judas 14-15 una

citación de lo que se consideraba ser, hace tiempo, tal vez, un documento judío perdido. Ahora sabemos que el autor de Judas citaba 1 En, capítulo 1. Y, cosa inesperada, se descubrió esta misma citación en arameo sobre una banda de cuero encontrada entre los Manuscritos del Mar Muerto.⁸

Los teólogos biblistas, y otros, estarán obligados ahora a rever nuestra concepción del canon, porque un libro que pertenece al canon cristiano cita como profético el pasaje de un libro que no fue integrado ni en el canon protestante ni en el canon católico, pero que se encuentra en el canon Falasha. Evidentemente, en el siglo primero, las fronteras entre canon, Escritura y palabras inspiradas eran considerablemente fluidas.

Los Manuscritos del Mar Muerto

Los manuscritos llamados Manuscritos del Mar Muerto fueron descubiertos por primera vez a fines de los años 1940 en las grutas situadas al Oeste del Mar Muerto. Las primeras fotografías y traducciones aparecieron poco tiempo después, pero el rollo mayor fue descubierto por Y. Yadin a mediados de los años 1960 y no fue traducido al inglés hasta 1983. Falta aún publicar un importante conjunto de fragmentos; actualmente puedo contar más de 223 Manuscritos importantes de la “secta” y fragmentos de documentos; recién se conocen bien menos de una docena.

Ninguna colección de literatura antigua ha excitado tanto la imaginación de nuestros contemporáneos como los Manuscritos del Mar Muerto, lo que explica las declaraciones sensacionalistas y las contra-declaraciones ideológicas. En la jerga de los especialistas se habla de la “fiebre de Qumran”.

De hecho se ha sobrevalorado la importancia de los Manuscritos del Mar Muerto para la investigación de Jesús; algunos críticos han llegado, recientemente, a retomar la opinión antigua, desechada a justo título, que Jesús o Juan el Bautista, serían en realidad los fundadores de la comunidad de Qumran, el *Moreh ha-Sedek* o el Maestro de Justicia. Los que defienden estas ideas son escritores disfrazados de estudiosos.

Los Manuscritos no confirman la opinión de que Jesús era un Esenio, o que hubiera estado fuertemente influenciado por ellos.¹⁰ Sin embargo, es difícil coincidir con la opinión de William S. LaSor que, en su libro *Los Manuscritos del Mar Muerto y el Nuevo Testamento*, dice que los Esenios y Jesús, así como los primeros cristianos, representan simplemente movimientos judíos, “sectarios”, “que se mueven sobre diferentes órbitas”.¹¹

Hay que distinguir entre lo que se encuentra en el Nuevo Testamento y lo que está por detrás. Lo que se encuentra *en* el Nuevo Testamento, son las reflexiones de los primeros cristianos presentadas de manera teológica; lo que está por detrás son las personalidades y comunidades históricas de los orígenes, que se crearon a partir de los acontecimientos históricos, es decir la experiencia y el recuerdo de la vida de Jesús y de su horrible muerte, como también la afirmación de haberse encontrado frente a un Jesús resucitado. Entre lo que está “en” y lo que está “por detrás”, no hay antítesis absoluta, pero son dos categorías diferentes. El no haber podido percibir esta distinción ha invalidado muchas investigaciones sobre el Nuevo Testamento en los últimos doscientos años.

La muerte de Jesús en el año 30 de la era común, precede alrededor de 40 años al primer evangelio. El problema crucial no es la comparación de documentos, es decir los Manuscritos anteriores al 70 y los evangelios posteriores a esta fecha. Las cuestiones críticas conciernen a Jesús y a los Esenios, y a los cuarenta años o más durante los cuales los Esenios, Jesús y sus discípulos compartieron un mismo territorio, una misma nacionalidad, un mismo período

cronológico, y los mismos adversarios -es decir los Romanos, los Saduceos y, con intermitencias, los Fariseos y los Zelotes. Podría no haber habido relaciones entre los Esenios y el movimiento palestino de Jesús, cuando tanto unos como otros insistían sobre el pecado de la humanidad, la necesidad de la gracia divina, los tiempos escatológicos, el establecimiento de la Nueva Alianza según Jeremías 31, la presencia y el poder de Satanás y de los demonios, y el vibrante llamado de Isaías 40,3? No está claro que los dos grupos insistiesen esencialmente en el mismo principio hermenéutico: toda la Escritura y la profecía apuntan al presente -el fin de los tiempos- y directa y especialmente a su grupo en especial? Los dos grupos, *mutatis mutandis*, ¿no exhortan a compartir los bienes? ¿No es palpable, en estos últimos tiempos, el hecho de que cada uno de los dos grupos era un producto y, hasta un cierto punto, un ejemplo de apocalíptica judía? Estos dos grupos -y solamente ellos- ¿no subrayan la presencia viva del “Espíritu Santo” en sus comunidades? ¿Podemos legítimamente descartar estas analogías viendo en ellas simples coincidencias? Estas reflexiones nos obligan a preguntarnos la única cuestión importante: Cuáles eran las relaciones entre Jesús y los Esenios?¹²

Según Filón y Josefo, cuatro mil Esenios vivían en Palestina. Ya que en Qumran y los alrededores solamente podían vivir alrededor de doscientos, la gran mayoría, es decir cerca de tres mil ochocientos debían vivir en otro lado. Filón y Josefo subrayan también el hecho de que los Esenios vivían en pueblos y en ciudades, y que preferían agruparse al margen de las aglomeraciones. La referencia que hace Josefo a una “puerta de los Esenios”, en las murallas de Jerusalén, parece haber encontrado ahora una confirmación en los descubrimientos arqueológicos recientes y en un pasaje del Rollo del Templo.¹³ Debemos enfrentar la evidencia cada vez más clara que en el sector Sud-Oeste de Jerusalén vivían Esenios.

Estas perspectivas son significativas. Jesús probablemente se encontraba con Esenios en su camino, tal vez charlaba con ellos. Tal vez discutían sobre los valores comunes y sobre la necesidad de consagrarse completamente a Dios y a su Alianza.

Haciendo un rápido esbozo, se pueden indicar tres puntos de semejanza entre Jesús y los Esenios. Primeramente, Jesús tenía en común con los Esenios una teología enteramente monoteísta y típicamente escatológica. El presente marcaba el fin de los tiempos. Él anunciaba naturalmente un *eschaton* más inminente, pero cuando se habla de la diferencia entre los Esenios y Jesús hay que decir que si la escatología de Jesús era más “en realización”, lo era más en términos de grado que de naturaleza.

En segundo lugar, Jesús compartía con los Esenios un mismo sentido de la consagración radical a Dios y a la Torá; y tal vez se refería a los Esenios, el único grupo de célibes conocido en el judaísmo del siglo primero, cuando hacía el elogio de los hombres que se convierten en eunucos por el Reino de Dios (cf. Mt 19,10-12).

En tercer lugar, según Marcos, Jesús proclamaba que el divorcio estaba prohibido. Esta declaración de principio es difícil de comprender, Mateo la expresaba más débilmente y bajo la forma de casuística (Mt 5, 31-32). La concepción que tenía Jesús del divorcio, según Marcos, no tenía hasta ese momento, ningún paralelo conocido en la historia del pensamiento judío; pero se ha encontrado ahora en el Rollo del Templo una prohibición del divorcio. Según ese documento, el rey debía casarse con una sola mujer: “y él (el rey) no debe elegir otra mujer además de ella, porque ella, y solamente ella, permanecerá con él todos los días de su vida” (11 QTemplo 57,17-18). Lo que se pide al rey se exigía de los otros aún con más rigor.

Dos judíos solamente han rechazado la posibilidad del divorcio: Jesús según Marcos, y el autor del Rollo del Templo. Como el Rollo del Templo es anterior a Jesús y parece haber sido para ciertos Esenios la quintaesencia de la Torá, habría que rever la cuestión de las relaciones que podrían haber existido entre Jesús y los Esenios.¹⁴

Toda comparación entre Jesús y los Esenios debe finalmente partir de un terreno conocido, las grandes diferencias que los separan. Los Esenios eran extremadamente legalistas y, para preservar su pureza, se colocaban lejos de todos los demás; Jesús, por su parte, rechazaba las reglas legalistas que ahogan el *shabat* y se comprometía con todas las capas de la humanidad.

Más importante aun, es el hecho de que insistía sobre la necesidad de amar a los demás, una actitud ilustrada por Lucas en la parábola del Buen Samaritano, y presentada como un mandamiento nuevo en los escritos joánicos. Es posible que Jesús haya pensado en la invitación a odiar a los hijos de las tinieblas y que la haya rechazado cuando declaraba: "Habéis oído que se dijo: Amarás a tu prójimo y odiarás a tu enemigo" (Mt 5,43). El mejor y, tal vez el único paralelo judío verdadero del mandato de odiar a los otros se encuentra en los Manuscritos del Mar Muerto. En efecto, según la Regla de la Comunidad, en el momento de la renovación de la Alianza los Esenios recitaban las maldiciones contra todos los hijos de las tinieblas, especialmente aquellos que no eran Esenios, incluyendo a ciertos judíos que se hacían pasar por Esenios.

Sin ninguna duda, lo más importante que aportan los Manuscritos del Mar Muerto y lo menos discutible de la investigación sobre Jesús, es la luz que hacen brillar sobre un período oscuro hasta ese momento. Entrar en el mundo de los Manuscritos del Mar Muerto, es dejarse sumergir por lo que fue el entorno teológico de Jesús. Los Manuscritos hacen algo más que hacernos descubrir el paisaje ideológico que fue el de Jesús o revelarnos el *Zeitgeist* que él conoció. Como todos los hechos actualizados gracias a las excavaciones arqueológicas de Qumran, nos dan algunas indicaciones sobre el contexto social en el que vivían los judíos palestinos antes del 70.

A estas breves consideraciones agregaría que los Manuscritos del Mar Muerto -como los Pseudoepígrafes- nos permiten reconocer los rasgos distintivos de la teología de Jesús. Esos primeros textos nos proveen el marco gracias al cual el teólogo puede apreciar el carácter único de Jesús de Nazareth. Los contornos del Jesús histórico comienzan a aparecer, y es impresionante constatar cuánto es verdadera esta afirmación de que el génesis y el genio del cristianismo primitivo, y la sola razón que lo permite distinguir del judaísmo, se encuentran, antes que nada, en la particularidad de una vida única.

En resumen, podemos decir que el comentario de Ernest Renan, a menudo citado, que el cristianismo es un esenismo que tuvo éxito, es simplista y deforma la realidad. El cristianismo no evolucionó a partir de una "secta" al margen del judaísmo normativo. El cristianismo se desarrolló a partir de muchas corrientes judías. Ni su fuente ni su trayectoria fueron únicas. Jesús no fue seguramente un Esenio pero puede haber compartido con los Esenios más que una nación, una época o un simple lugar...

Flavio Josefo

Los escritos de Flavio Josefo son bien conocidos y son muy importantes para los estudios del Nuevo Testamento desde hace más de mil años. Algunos sabios cristianos de antes de Calcedonia (451) lo admiran excesivamente. Jerónimo (324-420) lo saluda como "el Tito Livio griego" (*Ep. 22 ad Eustochium 35,8*).

Josefo y Jesús eran judíos de Palestina, ambos ligados íntimamente a la Galilea. Aunque Josefo haya vivido después que Jesús en ese siglo primero, su carrera estuvo marcada al principio por la lucha contra, y eventualmente, la guerra con los Romanos. Es difícil saber lo que ocurrió en las quince horas previas a la crucifixión, pero está claro que Jesús fue crucificado por los Romanos, probablemente porque lo consideraban un rebelde político. Tanto a él como a sus discípulos se los veía como una amenaza para la precaria paz que existía alrededor de los años 30 en Palestina.

La importancia de Josefo en lo que concierne a las investigaciones sobre Jesús, no consiste en su persona, sino en sus escritos. Él es el historiador del Judaísmo Primitivo. Y describe los tiempos turbulentos en los que vivía Jesús.¹⁵

Lo que es más importante, habla de Jesús. Su referencia a Jesús, el *Testimonium Flavianum*, puede traducirse del griego como sigue (las palabras en bastardilla son claramente cristianas:

“En estos tiempos estaba Jesús, un hombre sabio, *si realmente se lo puede llamar un hombre* porque era alguien que realizaba obras sorprendentes¹⁶ (y) un maestro de gente que con placer recibía lo inusual.¹⁷ Perturbó a muchos judíos y también a muchos de los griegos.¹⁸ *Era el Cristo*¹⁹ Y²⁰ cuando Pilatos lo condenó a la cruz, porque había sido acusado por los importantes de entre nosotros, los que lo habían amado (desde) el principio no cesaron (de causar problemas).²¹ *porque se les apareció al tercer día, teniendo nuevamente vida como los profetas de Dios habían anunciado estas y tantas otras incontables maravillas*²² sobre él. Y hasta ahora la tribu de los cristianos, así llamados por su causa, no se han (aún) extinguido” (*Ant* 18.63-64).

Esta traducción refleja, sin duda, la interpretación de un judío del siglo primero. Podemos estar seguros de que, en su forma actual, sin embargo, esta referencia a Jesús revela ciertamente una mano cristiana, ya sea que un escriba cristiano haya agregado ese pasaje *in toto*, sea que uno o varios escribas cristianos lo hayan reescrito e interpolado.

Un estudio del *Testimonium Flavianum* sólo permite avanzar conjeturas sobre una u otra de las hipótesis que, finalmente, se consideran fundadas sobre pruebas insuficientes. Parece probable que Josefo haya hecho referencia a Jesús, pero no en la forma preservada por los manuscritos griegos. Los críticos prefieren no abordar el problema de la autenticidad de las palabras de Jesús en esta sección de las *Antiquitates*. Prácticamente se ignora este pasaje en las investigaciones sobre el Jesús de la historia.²³

Esperé durante años el descubrimiento de un nuevo manuscrito de las *Antiquitates* de Josefo que contuviera variantes en relación al *Testimonium Flavianum*. Podríamos tal vez hacer una tentativa de reconstrucción del original. Entonces podríamos sostener especulaciones escolásticas con evidencias textuales.

De hecho, ese sueño se hizo realidad recientemente gracias al descubrimiento del *Kitab al-nwan*, que es una versión árabe del *Testimonium Flavianum*. Veamos la traducción de ese pasaje por S. Pines:²⁴

“Del mismo modo Josefo (*Yusifus*), el hebreo. Porque dice en los tratados que ha escrito sobre el gobierno (?) de los judíos: “Había en ese tiempo un hombre sabio llamado Jesús. Su conducta era buena y fue reconocido como justo. Y muchos de entre los judíos y los gentiles se hicieron sus discípulos. Pilatos lo condenó a ser crucificado y murió; pero los que se habían hecho sus discípulos no dejaron de seguirlo. Manifestaron que se les había aparecido tres días después de su crucifixión y que estaba vivo; por eso tal vez sea el Mesías del cual los profetas contaban cosas maravillosas”²⁵.

Lo que inmediatamente salta a la vista -cuando comparamos la recensión en árabe con la griega- es que los pasajes claramente cristianos están manifiestamente ausentes en la versión árabe.

Las dos recensiones del *Testimonium Flavianum* deberían ser estudiadas por los estudiantes de teología, los sacerdotes y los pastores, los laicos y los profesores de seminarios. La recensión griega, después de la eliminación de las interpolaciones cristianas, revela cómo un judío del primer siglo podía clasificar a Jesús: un rebelde que venía a perturbar una paz precaria; pero también un sabio, que realizaba cosas «maravillosas», tal vez hasta milagros; a quien siguieron

muchos judíos y gentiles. La versión árabe trae una justificación textual de la eliminación de las interpolaciones cristianas y demuestra que Josefo, en *Antiquitates* 18 seguramente pone en discusión a la persona de Jesús; pero, en su forma “completa”, ese texto es ciertamente demasiado favorable a Jesús. La aparición de esas dos recensiones nos permite colocar nuestros proyectores 2000 años atrás y enfocarlos sobre el Jesús de la historia. Y esto es de gran importancia. Hace que dejemos de preocuparnos con ideas de confrontación con un galileo del siglo primero. Quedamos momentáneamente protegidos de la eterna amenaza de dogmas y liberados para reflexionar sobre la especificidad de una persona, Jesús. Paradigmas claros se embrollan por una confrontación cobarde con *realia*. Sueños históricos comienzan a fundamentarse en dramas históricos.

Arqueología

La investigación sobre el Jesús histórico ha tenido lugar sobre todo en Alemania: desde Reimarus hasta Strauss, de Strauss hasta Schweitzer, de Schweitzer hasta Bultmann y de Bultmann hasta Käsemann, Bornkamm y Hengel. Esta área entera de investigación enfocó los escritos del Nuevo Testamento, un estudio del significado del mito, las fuentes literarias legadas por los evangelistas, y el origen pre-evangélico de la tradición de Jesús. Excepto en las publicaciones de J. Jeremias y M. Hengel, la importancia de la arqueología para la percepción del tiempo de Jesús y del temprano Movimiento Palestino de Jesús estuvo prácticamente ausente.

Durante las últimas tres décadas, descubrimientos espectaculares se revelaron especialmente importantes para las investigaciones sobre Jesús. Me voy a referir a dos de ellos porque estoy personalmente convencido de que son de suma importancia para la investigación sobre Jesús. Sin embargo hay que reconocer primeramente que es muy difícil remontar, a partir del ambiente de la Palestina del siglo primero --ambiente que conocemos parcialmente gracias a la arqueología- a las acciones y al pensamiento de Jesús.

Un descubrimiento muy importante para las investigaciones sobre Jesús fue el de los huesos de un hombre llamado Yehohanan, que murió crucificado.²⁶ Sus talones (*tuber calcanei*) quedaron unidos a las piezas de madera de la *simplex* ya que el perno que los clavaba se torció al encontrar un nudo en la cruz de madera de olivo. Sus antebrazos o muñecas habían estado atadas al *patibulum*. El hombre tenía unos treinta años en el momento de su crucifixión, en Jerusalén, en una época cercana a la que fue crucificado Jesús. Antes de este descubrimiento arqueológico, no teníamos ningún vestigio de personas que hubieran sido crucificadas.

La importancia de este descubrimiento para las investigaciones sobre Jesús es evidente: Tenemos ahí un recuerdo doloroso del horror de la crucifixión. Las piernas de Jehohanan habían sido dobladas y tuvo entonces que empujarse para arriba desde sus tobillos clavados para poder respirar. La muerte podría haber sido bastantes más rápida de lo que habíamos imaginado. Podemos entender mejor ahora lo que nos relata *solamente* Marcos; este versículo no fue copiado ni por Mateo ni por Lucas porque no lo entendieron o -lo más probable- porque se sentían molestos por el uso polémico que se le daba. Marcos relata que Pilatos no podía creer que Jesús estaba ya muerto” (*ede tethneken*, Mc 15,44).

También se desterró la hipótesis de que el cuerpo de Jesús hubiera sido echado en uno de los pozos destinados a los criminales y a los rebeldes y no enterrado. Los huesos de Jehohanan tuvieron un entierro según las leyes judías.

Como ya lo dije hace veinte años:

“No es dogma de fe afirmar que Jesús murió en el Gólgota ese viernes por la tarde; es una posibilidad obtenida por los más altos cánones de la investigación histórica científica”.²⁷

Antes de la crucifixión Jesús había sido golpeado casi hasta la muerte por los soldados romanos durante aproximadamente diez horas de azotes. Reflexiones sobre este oscuro episodio histórico son difíciles y perturbadoras para los cristianos; su mismo reclamo -revivido en 1982 por G. Comfeld- es débil: que Jesús sólo aparentaba haber muerto: “Jesús nunca murió”.²⁸ Esa posición no puede derivar de una reflexión sana y crítica; emana de polémicas y fue promulgada en el siglo segundo por Celsus, el romano que polemizaba en contra del Cristianismo (ver Orígenes, *Contra Celsus* 2,56).

El descubrimiento arqueológico más importante sobre Jesús es la prueba cada vez más fehaciente del lugar de la crucifixión. Jesús fue crucificado alrededor de los años 30, justo afuera de los muros de Jerusalén, como lo comenta el autor de los Hebreos (Heb 13,12).

Hoy se les muestra a los peregrinos “El jardín de la tumba” cerca del Calvario de Gordon; ambos están justo al norte de los muros turcos de la ciudad vieja. Casi todos los cristianos eligen este lugar tranquilo, bien afuera de las presentes murallas, como el lugar de la tumba de Jesús. Se asume que el Calvario está cerca.

El lugar tradicional del Calvario no es atractivo. Es una casa ruidosa que las autoridades religiosas que tienen a su cargo la iglesia del Santo Sepulcro se disputan continuamente. Se encuentra dentro de las actuales murallas de la Ciudad Vieja.

Cuando vivía en Jerusalén, K. Kenyon descubrió evidentes indicios de que las murallas que rodean actualmente ese lugar se apoyan, en varias partes, sobre fundaciones construidas probablemente en el año 41 por Herodes Antipas. Por consiguiente, en los años 30 el lugar tradicional habría estado afuera de la ciudad. Hacia fines de los años 60, el Padre C. Couasnon me mostraba en la iglesia del Santo Sepulcro columnas *in situ* que pertenecían a la iglesia de Constantino²⁹ del siglo IV. Así el lugar tradicional sería un testigo arquitectónico de los primeros siglos cristianos. Y lo que es más, antes del siglo XIX, no tenemos conocimiento de que hubiera otros lugares que compitieran con el Gólgota.

Hacia finales de los años 70, excavadores expusieron parte de las fundaciones del Foro romano de Adriano en el que fue construido el Templo de Afrodita alrededor del 135. Este templo había sepultado el Gólgota, y tal vez, la tumba de Jesús. Ahora, otros descubrimientos confirman, en mi opinión, que la iglesia del Santo Sepulcro abraza la roca donde Jesús fue crucificado.

Una roca dentro de la iglesia del Santo Sepulcro, tradicionalmente llamada Calvario, todavía emerge aproximadamente trece metros sobre la roca firme. La roca expuesta, además, lleva las marcas de una antigua cantera: es un resto de una cantera israelita pre-exílica de piedra blanca (*malaki*).³⁰ En el siglo primero A.C. esta cantera de los siglos séptimo -u octavo- pasó a ser un vaciadero de residuos y, finalmente, un cementerio, como lo atestiguan las tumbas judías de antes del 70 que son aún visibles. Es posible que la fase final de este lugar en el siglo primero antes del 70 haya sido un jardín, como lo describe el evangelio de Juan (ver Jn 19,41).

Estoy convencido de que Jesús fue crucificado sobre esta pequeña saliente de rocas, lugar que estaba, en los años 30 afuera de las murallas y cerca de un camino público y que, como tal, cumplía con todas las condiciones requeridas por la ley judía (Lv 24,14, y Mishnah Sanh. 6,1) y con las de la ley romana como lugar de ejecución.

Tal vez los primeros cristianos que vivían en Jerusalén conocían lo que los arqueólogos recién descubrieron. Es posible que hayan celebrado la crucifixión de Jesús recitando el salmo 118,22: “La piedra que los constructores desecharon se ha convertido en piedra angular”.

De hecho, esta tradición, retomada en 1 Pedro (2,7) es atribuida también a Pedro por Lucas, cuando hablaba con el sumo sacerdote en Jerusalén: “Ésta es la piedra que vosotros, los

constructores, habéis despreciado y que se ha convertido en piedra angular” (He 4,11). El pronombre “ésta” puede ser entendido como Calvario y como Jesús.

Si bien no debemos dejarnos llevar por una fascinación o atracción ingenua hacia los “lugares sagrados”, como lo hacen algunos peregrinos poco instruidos, sería un error no reconocer la importancia de los recientes descubrimientos arqueológicos para la investigación sobre Jesús. La importancia de tales descubrimientos ha sido realmente fabulosa.

La discusión precedente revela que un acercamiento puramente teológico y literario al Nuevo Testamento o a los orígenes cristianos es impropio y puede conducir a conclusiones erróneas. Filólogos, historiadores y arqueólogos no pueden dar a los cristianos un Señor resucitado, pero pueden ayudarlos a entender mejor la vida de Jesús, su pensamiento y su muerte.³¹

Sumario

La búsqueda del Jesús histórico durante los últimos doscientos años ha sido un camino pedregoso con muchos senderos sin salida y muchas vueltas. Muchos estudiosos judíos y cristianos nos han ayudado; y ahora resulta evidente que el viaje es posible y necesario. De D.F. Strauss aprendemos sobre la naturaleza multidimensional del mito y la importancia de una metodología honesta. De M. Kahler comprendemos que los evangelios son confesionales postpascuales; pero de P. Benoît, N. Dahl y E. Käsemann percibimos que la tradición prepascual llegó a la comunidad postpascual y modeló su redacción.

De A. Schweitzer reconocemos que cualquier intento para comprender a Jesús debe partir del hecho de que perteneció al siglo primero. Alejándonos del exagerado énfasis en la escatología y la percepción confusa del pensamiento apocalíptico que caracteriza a Schweitzer, podemos afirmar con E. Käsemann, G. Bornkamm, H. Anderson, G. Vermes y D. Flusser, que sabemos ahora más del Jesús histórico que lo que pretendían críticos anteriores, especialmente R. Bultmann.

La búsqueda de *ipsissima verba Jesu* evolucionó a partir de una no percepción del campo circunscrito de probabilidades en que trabaja el historiador. La enseñanza de Jesús se caracterizaba por parábolas y la proclamación del Reino de los Cielos. Estos dos fenómenos, y la misma Oración del Señor, sin embargo, son típicamente judíos y paralelamente abundantes en la literatura contemporánea de Jesús.

En este artículo he hecho hincapié en los Manuscritos del Mar Muerto y en los Pseudoepígrafes. Estoy convencido de que la literatura rabínica también puede enseñarnos mucho para descubrir la vida religiosa y la liturgia de los judíos de los primeros siglos tales como Jesús.

Ciertamente N. Perrin y el gran número de estudiosos que lo siguieron, aun con buenas intenciones, tenían la percepción errónea del Judaísmo primitivo y, más importante aún, una metodología desencaminada. Las palabras auténticas de Jesús eran atrapadas en una red que dejaba escapar todos los dichos de Jesús que eran paralelos en el Judaísmo y en la Iglesia. Una estricta aplicación de este método produce un Jesús que no era judío y que no tenía seguidores. Sin embargo si hay dos hechos que hoy son inexpugnables son el judaísmo profundo de Jesús -él era un judío- y su efecto paradigmático en judíos y gentiles.

Jesús existió. Fue una persona real que vivió en Palestina, creció en Galilea, tuvo alguna relación con Juan el Bautista (que ciertamente lo bautizó), centró su ministerio público en Cafarnaúm, curó a los enfermos y finalmente fue al sur, a Jerusalén, donde su vida terminó ignominiosamente en una cruz fuera del muro oeste de Jerusalén en el 30.

La investigación del pasado y los datos del presente contienen tácitamente un pedido para dedicarse a la investigación sobre Jesús; un pedido para una búsqueda imparcial de Jesús y de su tiempo por judíos y cristianos; un llamado a estar informado metodológica, textual y arqueológicamente; un llamado a gozar de la inclusividad y preponderancia de los interrogantes dentro de las probabilidades evasivas de la esfera del historiador; y un pedido para darse cuenta de que el historiador y el teólogo no son necesariamente antagonistas.

Conclusión

Hacia finales del siglo XX, mucha gente, además de los especialistas, ha aceptado una nueva apreciación de Jesús y de sus raíces judías. De hecho, esta perspectiva comienza a ser asumida por la mayoría de los que están interesados en las fuerzas creativas que definieron el primer siglo de la era común y que, en su momento, influenciaron la cultura occidental. Puede ser demasiado pronto para decir que Jesús ya no es un gran obstáculo en el camino para mejorar las relaciones entre judíos y cristianos. Puede decirse, sin embargo, que ya no se considera ni inteligente ni bien informado el que dice que Jesús fue un ario, o el que cuestione el hecho de que era un judío. Tampoco resulta popular menospreciar las enseñanzas de Jesús, como si a menudo fueran tontas o impracticables. Estas dos gruesas distorsiones de la verdad histórica no son el producto de cuidadosa investigación y reflexión.³²

Hoy, todo investigador del Nuevo Testamento reconoce que Jesús fue un judío del siglo primero. Casi todos los investigadores son cristianos, y muchos de ellos ministros protestantes o sacerdotes católicos. Investigadores judíos, usando metodologías científicas, subrayan hoy la brillantez de muchas de las enseñanzas de Jesús. Algunos ven en él al que enfatizó en su vida y pensamiento las extremas exigencias de la Ley (Torá). Cada grupo de investigadores trabaja no confesionalmente con métodos históricos y científicos. Ninguno comenzó a moverse en esa dirección para mejorar las relaciones entre judíos y cristianos. La conclusión no es obra de esas preocupaciones contemporáneas. La perspectiva, que es ahora una conjetura sobre la que se fundamentan muchas investigaciones sobre la época del siglo primero, se convierte en la base necesaria para construir puentes entre judíos y cristianos contemporáneos.

La tarea consiste ahora en inculcar en la mente del público estas nuevas y refrescantes ideas. Seguramente nuestro mundo y nuestra cultura serán más pacíficos, más agradables y estarán más protegidos de grandes injusticias y miedos del pasado si se torna común el saber que Jesús fue un judío del siglo primero, que su proclamación de la Ley de Dios (o del Reino de los Cielos) y su oración son claramente judías. Sus discípulos fueron todos judíos, y muchos otros judíos estuvieron atraídos por su vida y su pensamiento. Como los Fariseos, Saduceos y Esenios, el Movimiento Palestino de Jesús fue un grupo judío distinto que ayudó a dar forma al vibrante mundo de la cultura judía de los años anteriores al 70. Jesús -y los orígenes del cristianismo- están inextricablemente unidos al Judaísmo.

Notas:

1. R.H. Charles (ed.), *The Apocrypha and Pseudepigrapha of the Old Testament in English*, 2 vols. (Oxford, 1913; reprinted frequently since 1963).
2. J.H. Charlesworth (ed.), *The Old Testament Pseudepigrapha*, 2 vols. (Garden City, N.Y., 1983-85).
3. C.F. Potter, *Did Jesus Write This Book?* (New York, 1965) p.27.
4. E. Käsemann, "On the Subject of Primitive Christian Apocalyptic", in *New Testament Questions of Today*, trans. W.J. Montague (Philadelphia, London, 1969) pp.108-37.
5. J. Chris.Becker, *Paul the Apostle: The Triumph of God in Life and Thought* (Philadelphia, 1980; reprinted 1984).
6. See the articles by Charlesworth, Black and VanderKam in *The Messiah: Developments in*

- Earliest Judaism and Christianity* (Minneapolis, 1992).
7. See Charlesworth, *Gli pseudepigrifi dell'Antico Testamento e il Nuovo Testamento* (Studi Biblici 91, Brescia, 1990).
 8. For a photograph and further discussion see Charlesworth, *Jesus Within Judaism* (Anchor Bible Reference Library 1; Garden City, N.Y., 1988) pp.44-45.
 9. See the comprehensive edition of the Dead Sea Scrolls, being prepared by the Princeton Theological Seminary Dead Sea Scrolls Project. The publisher is J.C.B.Mohr (Paul Siebeck/ pf Tubingen and Westminster/John Knox Press of Louisville).
 10. See the contributions in *Jesus and the Dead Sea Scrolls*, Charlesworth and others (Anchor Bible Reference Library; New York, 1992).
 11. W.S. LaSor, *The Dead Sea Scrolls and the New Testament* (Grand Rapids, Mich. 1972) p.254.
 12. The question is explored by a team of international experts; their work was published in *Jesus and the Dead Sea Scrolls*.
 13. See the article by R. Riesner in *Jesus and the Dead Sea Scrolls*.
 14. See the article by O. Betz in *Jesus and the Dead Sea Scrolls*.
 15. See L. Feldman, "Palestine and Diaspora Judaism in the First Century", in *Christianity and Rabbinic Judaism*, ed. H. Shanks (Washington, D.C., 1992) pp.1-39.
 16. Gk. *Paradoxos*, "strange, surprising, wonderful". Josephus would have meant "surprising"; a Christian would have assumed he meant "wonderful". The Slavonic version mentions "astonishing and powerful miracles".
 17. Following H. St. J. Thackeray's emendation suggested in *Josephus, the Man and the Historian* (New York, 1929) pp.144-45. Christian scribes would have changed *taethe*, "unusual, strange, "to *taethe*, "truth".
 18. The Greek verb, *epago*, has a pejorative innuendo; however, as a strong aorist middle, it could have been interpreted "win over"(to himself).
 19. As some scholars have speculated, something like "according to their opinion" preceded, and was deleted from, the confession, which obviously in its extant form in Greek cannot be attributed to Josephus. Another suggestion is that the Greek *legomenous*, "so called", may have been before *christos*, but was omitted intentionally. See G.C. Richards and R.J.H.Shutt, "Critical Notes on Josephus' Antiquities", *Classical Quarterly* 31 (1937) 176.
 20. An adversative *kai* is possible: "but".
 21. Not "did not forsake him". One must add something to explain what Jesus' followers did not cease to do. See F.F.Bruce, "The Evidence of Josephus" in *Jesus and Christian Origins Outside the New Testament* (Grand Rapids, Mich., 1974) pp.39-40. Immediately prior to this passage Josephus discusses a riot (*he stasis*), immediately after it he discusses "another affliction" (*heteron ti deinon*). One must see the framework for the *Testimonium Flavianum*.
 22. Gk. *thaumasios* "wonderful, admirable"; hence probably not an assessment of Jesus by Josephus.
 23. See Charlesworth, *Jesus Within Judaism*, pp.90-102, and J.P.Meir, "Jesus in Josephus: A Modest Proposal", *Catholic Biblical Quarterly* 52 (1990) 76-103.
 24. S. Pines, *An Arabic Version of the Testimonium Flavianum and Its Implications* (Jerusalem, 1971).
 25. The last sentence could also be translated, "He was thought to be the Messiah, concerning whom the prophets have recorded wonders". See Pines, *An Arabic Version*, p.71. I favor this rendering; it is supported by the Syriac recensions of the *Testimonium Flavianum*.
 26. See Charlesworth and J. Zias, "Crucifixion: Archeology, Jesus and the Dead Sea Scrolls", *Jesus and the Dead Sea Scrolls*, pp.273-89
 27. Charlesworth, *ExpT* 84 (1973) 150.
 28. G. Cornfeld (ed), *The Historical Jesus: A Scholarly View of the Man and his World* (New York, London 1982) p.187.
 29. C. Couasnon, *The Church of the Holy Sepulchre in Jerusalem*, trans. J.P.B. and C.Ross (London 1974) p.187.

30. See the photographs in Cornfeld (ed.) *The Historical Jesus*, pp.202,212.
31. See the chapters in *What has Archeology to do with Faith?*, ed. Charlesworth and W. Weaver (Faith & Scholarship Colloquies; Philadelphia, 1992).
32. See now the following important works: R.K.Ericksen, *Theologians under Hitler: Gerhard Kittel, Paul Althaus and Emmanuel Hirsch* (New Haven, London, 1985) and T. Weiss-Rosmarin (ed.) *Jewish Impressions on Jesus: An Anthology* (New York, 1977)

Extracto del Capítulo 7 de *Jesus' Jewishness: Exploring the*

Place of Jesus in Early Judaism, ed. J.H. Charlesworth [New York: Crossroad and the

American Interfaith Institute, 1991]. Con permiso del A.I.I.